

GUIA DE LECTORES

PODER Y TINIEBLAS

Por Hernán Poblete Varas,
de la Academia Chilena



A través de la "ciencia-ficción" los personajes de Hugo Correa se apartan, en algunas de sus novelas, de nuestro pequeño mundo. Otros se enfrentan con misteriosas presencias como sucede en "El que merodea en la lluvia". Otros conocen las fuerzas demoníacas: "Los ojos del Diablo". Siempre el misterio, la conciencia de estar

bajo el peso de desconocidas energías que acaso puedan aplastarnos, que ejercen su poder tenebroso en el incierto ahora de los humanos. En su reciente novela "El nido de las furias" (Editorial Pomaire, Barcelona, España, 1981) este ahora es el tiempo presente y el lugar no está en el camino hacia las estrellas ni en un charco de polvo lunar.

Hugo Correa nos lleva a un imaginario país sudamericano, altiplánico y tropical. Miserable, ignorante, abandonado, su pueblo, en la mayoría indígena cree en la magia y en ocultas fuerzas posiblemente satánicas. Un país imaginario, gobernado por un imaginario tirano que vive la soledad de su poder, un poder que -según las consejas y leyendas- está ligado a otros poderes siniestros e invencibles. Las supersticiones extienden su maraña sobre las gentes, y aún las más cultas -que son las menos- parecen envueltas en ella.

Raimundo Ruiz y Pastene, el gobernante, ha llegado a la cumbre por algo más que audacia. De padres desconocidos, criado en el hogar de un rico terrateniente, podría ser, conforme a la fantasía popular, hijo de esas fuerzas misteriosas; descendiente de un incubo o de seres extraterrestres. Se dice que en las profundidades de una gran montaña que se yergue solitaria en medio de la selva, habitan demonios o entes venidos del cosmos. La forma de la montaña contribuye a dar fuerza a la

leyenda: el alto picacho en que culmina le ha valido el nombre de "El mirador del indio", pues semeja un perfil vigilante sobre la vegetación tropical. A media altura se extiende una gran planicie, una meseta -la "Plaza del buitre"- y sobre ésta una ancha y profunda calzada de piedra, que hace pensar en un aeródromo, como los dibujos de Nazca. Se habla de grandes cavernas interiores, de largos pasadizos cavados en la piedra o producidos por alguna milenaria erupción, que comunican las meseta con el pie de la montaña y éste con el cráter del apagado volcán en que se alza "El mirador del indio". Por ahí se ha visto deambular a Raimundo Ruiz y Pastene y a la vieja Zulema, bruja o machi que profetizó sobre él y su destino.

¿Qué hay de todo esto? ¿Qué hay del invencible dominio que el Supremo Ruiz ejerce sobre las personas y las masas? Las entrevistas iniciáticas del adolescente Raimundo en las profundidades de la montaña, ¿fueron verdad, o fueron sueños, pesadillas, creados bajo la influencia de la bruja y sus encantamientos? Los numerosos personajes que circulan por esta novela se formulan semejantes preguntas y dudan sin responder. Y tampoco hallará respuesta el periodista aventurero que trata de descifrar el enigma. Todos, envueltos en la gran telaraña de misterio que, finalmente, atrapará también al Supremo en un final wagneriano.

Pero el final wagneriano abre nuevas interrogaciones: ¿qué ocurrió con el Supremo? ¿Qué ocurrió en la vida del todopoderoso Raimundo Ruiz y Pastene (que recuerda a Melgarejo, pero sin el humor negro del Presidente boliviano), cuál fue su último destino? La pregunta queda sin contestar en la novela. Y en ella queda también manifiesta la capacidad imaginativa de Hugo Correa y su virtud de crear personajes tan vivos y reales como el tirano Ruiz y la bruja que le inicia en los misterios del amor, del poder y las tinieblas.